

De mi Chamberín mentado
tres mil elogios hicieron,
desde que venir lo vieron
a él suelto, al otro lazado.
En vista de lo pasado
ya se dieron por perdidos
pues estaban persuadidos
que era imposible ganarme
y no podían igualarme
a pesar de los partidos.

Estaba el grullo azorado
de los encuentros herido,
con un astillón metido
que él mismo se había encajado;
al mirarlo ensangrentado
su dueño al diablo se daba,
mil maldiciones echaba
tratando de persuadir,
que ya no podía seguir
y por perdido se daba.

Los que allí mismo apostaron
confesaron que perdieron,
muchos aplausos hicieron
y muy contentos quedaron;
ellos mismos sentenciaron
que yo ganaba el partido,
que el grullo no había podido
desempeñar ese día
con la destreza y maestría
de mi Chamberín querido.

Tuvo luego mil marchantes
y una porción lo compraban,
cuarenta onzas ya me daban
en oro o pesos contantes;
como lo apocaron antes
sus ofertas desprecié,
porque este caballo fue
para mí fiel compañero
y jamás por ruin dinero
deshacerme de él pensé.

Mucho menos ese día
que con él tenía ganados
seiscientos pesos pasados
de lo que cogido había,
sin contar lo que tenía
de la apuesta principal.
¿Y podría yo pagar mal
a mi pobre Chamberín,
que logró hacerse por fin
de una fama sin igual?

Entre varios que se fueron
mi contrario se largó
y el campo libre dejó
como otros que allí perdieron;
muchos por favor pidieron
volver a verme colear;
no los podía desairar
porque había algunos señores
a quienes debía favores
y un aprecio singular.

Fueron luego y me soltaron
tres toros que había sobrantes,
de los cinco que desde antes
para el grullo destinaron.
Muy complacidos quedaron
mirándome travesear;
fue un continuo celebrar
cada caída que daba,
pues ningún toro dejaba
de echarlo al suelo a rodar.

Esta fue la conclusión
del desafío tan retado,
en que quedó escarmentado
mi rival por fanfarrón.
El Chamberín con razón,
mil simpatías se granjeaba;
todo el mundo celebraba
este hecho tan memorable,
que lo hizo recomendable
siempre que de él se trataba.

Entonces eran frecuentes
esta clase de reuniones,
juntándose suscripciones
entre jóvenes decentes.
Había entre los concurrentes
ya muchos aficionados,
que aunque en México educados
podían jugar un tapado
al rancho más mentado,
pues eran desengañados.

Tenían furor por colear
y ensillar buenos caballos,
andar vestido de payos
delirando por lazar.
Yo corría con arreglar
la diversión que se hacía;
mi caballo competía
en las guerras y tapados
y en partidos igualados
él era quien decidía.

Nos llevaban el ganado
a San Borja varias veces
y un día al recoger las reses,
en un pantano atascado,
vimos a un buey medio ahogado
sin poderse ya menear;
muchos fuéronlo a sacar
y cuatro a un tiempo estiraban,
sus caballos fatigaban
sin podérselo llevar.

Punto de honor se volvió
y muchos se remudaron,
en vano se molestaron
porque el buey ni se meneó;
entonces fui solo yo
y dos reatas encuaté,
mi caballo acomodé
y con gran desembarazo,
en el primer chiflonazo
medio cuerpo le saqué.

Todos quedaron mirando
el resultado, por fin
hizo empuje el Chamberín
y siguió al trote estirando
al buey, que sacó arrastrando
un gran trecho sin parar;
sin dejar de palmotear:
—¡Ah, qué buen lomo!— gritaban,
y otros luego contestaban:
—Eso se llama jalar.

En este día aconteció
que coleando a mete mano,
fue el Chamberín tan liviano
que tres premios se sacó.
Un amigo se empeñó (5)
en que yo se lo prestara,
pa que una cola tentara
pues antes no había podido,
aunque mucho había corrido
y caballos remudara.

Luego que se lo presté
y mis tretas le advertí,
al punto colear le vi
al toro que les eché;
ni disputado le fue
por los que con él corrieron,
a pesar de que quisieron
al instante aventajarlo,
no pudieron alcanzarlo
ni la mala obra le hicieron.

Cuando estuve yo sirviendo
en la Hacienda de Chapingo,
sucedió en un día domingo
un caso que se fue haciendo
muy público, pues corriendo
de boca en boca, volaba
y aquel quien se contaba
ese relato suscinto:
—Si es buen cuaco ese retinto—
en el momento exclamaba.

Fue el lance que sucedió
estando en un capadero,
se descuidó un compañero (6)
y un toro me lo mantéó.
Al instante le partió
y cuando ya iba a ensartarlo,
muy veloz pude lazarlo
amarrándole una pata
y estirando a toda reata
un instante separarlo.

Empeñado en embestir
al hombre que había tirado,
furioso y muy enojado
hacía empujes por partir;
yo ya no podía seguir
andando como debía,
una cerca lo impedía
que el paso me interceptó,
y si lo aflojaba yo
de seguro le cogía.

En caso tan apurado
volví luego diligente,
puse el caballo de frente
y allí lo tuve atrancado;
cual si estuviera estacado
muy firme se conservaba;
mi amigo sólo imploraba
a la Virgen asustado
y el toro desesperado
hasta las babas le echaba.

Tenía un estribo metido
y no podía desprenderse,
ya no hacía más que encogerse
temblando y descolorido;
veía al toro embravecido
que inmediato le bufaba,
con las llaves lo buscaba
y tan cerca lo tenía,
que media vara no había
de distancia a donde estaba.

Luego que pudo notar
que el toro no lo embestía,
mil diligencias hacía
para poderse chispar;
por fin se llegó a parar
pero el caballo enredado
se conservaba tirado
sólo dando de patadas;
tenía las manos atadas
y estaba todo encuartado.

Algún tiempo se pasó
para haberse levantado,
y ya del riesgo quitado
su dueño en él se montó;
hasta que a salvo quedó
no quise al toro soltar,
ni un palmo pudo avanzar
de donde yo lo tenía,
tres mil esfuerzos hacía
para poderlos cornear.

Aquel hombre demostraba
su gratitud de mil modos,
el lance contaba a todos,
del riesgo en que se encontraba;
ya por muerto se contaba
o cuando menos herido;
quedó muy agradecido
y a voz en cuello decía
que la vida me debía
pues se juzgaba perdido.

También me anduvo la lumbre
cerca de los aparejos,
y yo no estuve muy lejos
de liarlas, según costumbre;
debido a la mansedumbre
del Chamberín, hoy lo cuento,
pues si este acontecimiento
en otro caballo pasa,
sin duda me despedaza
a patadas al momento.

El hecho fue en otro día
que fui a ver que revesaran,
y que al yugo me amansaran
varios novillos que había;
se huyó de la yuntería
uno de ellos azorado,
ligero como un venado
se fue corriendo derecho,
sin parar por el barbecho
ni hacer pie con el ganado.

En dos trancos lo alcancé
lazándole la cabeza,
y anduve con tal torpeza
que hasta la reata solté;
entonces me emparejé
queriendo mi reata alzar,
y sin más reflexionar
al punto me valoníé,
con todo y silla voltié
sin poderlo remediar.

Desde que iba yo siguiendo
le dí al látigo un jalón,
creí trabado el hebijón
y así me seguí corriendo;
se soltó, según entiendo
y por eso al agacharme,
no fue difícil voltearme,
pero sí muy arriesgado,
pues de una espuela trabado
quedé sin poder soltarme.

Al caerme seguramente
al caballo sofrené,
porque casi lo senté
allí mismo prontamente;
entonces fue sorprendente
verlo que ni se meneaba,
nomás la cara volteaba
muy tristón y cabizbajo,
tenía la silla debajo
y yo en sus pies me encontraba.

Unos instantes probé
varios modos de zafarme,
y no pudiendo librarme
una corva le abracé;
en ella, pues, me apoyé
para llegarme a parar,
la espuela desabrochar
que volteada en el tobillo,
se enredó en el vaquerillo
de un modo particular.

Los que a auxiliarme vinieron
algún tiempo dilataron,
y así cuando ellos llegaron
ya de nada me sirvieron;
sorprendidos estuvieron
al Chamberín admirando,
su nobleza ponderando
pues si otro caballo ha sido
conmigo hubiera corrido
arrastrándome y pateando.

Vine a México a tratar
con precisión un asunto
y a las cinco y media en punto
me tuve que regresar;
pasé al Peñón y al cortar
por Santa Marta el Salado,
fui aquel instante asaltado
por cuatro o cinco gandules
con sus jorongos azules
y el rostro muy bien tapado.

Muy pronto se me rodearon
y el camino me cubrieron,
los que al frente se pusieron
luego luego se cerraron;
—¡Apéese, pues!— me gritaron
queriéndome machetear,
entonces sin vacilar
al que me estorbaba el paso,
le dí tal encontronazo
que lejos lo eché a rodar.

Corriendo sobre él pasé
y de seguirme trataron,
unos a otros se estorbaron
y entre tanto me escapé;
tanta tierra les saqué
que aunque luego me siguieron,
por más esfuerzos que hicieron
y a sus cuacos azotaron,
no sólo no me alcanzaron
pero ni el polvo me vieron.

De Chapingo separado
vine a administrar La Teja
y allí sus recuerdo deja
mi Chamberín de contado;
en otros fue celebrado
lo que hizo con un amigo, (7)
que de este hecho es fiel testigo
porque una tarde coleando,
pudo haberse ido volteando
con el caballo consigo.

Cuando la cola tomó
iba muy arrebiatado,
y aún no se había enderezado
cuando el toro resbaló;
largo a largo se quedó
frente al caballo tendido
y creímos que hubiera sido
maneado seguramente
y cayeron juntamente
por estar desprevenido.

No fue así, pues al momento
que el toro dio el costalazo,
con mucho desembarazo
y con gran conocimiento,
dio un volido tan violento
que sin tocarlo pasó,
muy limpio lo atravesó
de pies a cuernos brincando;
él solo se fue tanteando
y por eso no cayó.

Tenía yo con el ganado
un toro de El Cebollón,
grande, gordo y socarrón
que estaba muy bien jalado;
ninguno lo había tirado
pues de seguro arrendaba,
si corría se atravesaba
oscilando la cabeza
y volvía con tal presteza
que a todos muy bien corneaba.

Su dueño que esto sabía (8)
a muchos se las pegó
y algún dinero sacó
en las apuestas que hacía;
por último, dijo un día
que el toro me regalaba
si una caída le daba
y si no que yo perdiera
treinta pesos, porque eso era
en lo que al toro apreciaba.

Quedó el negocio arreglado
mandándole al caporal,
que arreara el toro al corral
con un poco de ganado;
cuando estuve preparado
él mismo se fue cortando,
yo lo seguí pastoreando
mientras iba prevenido,
de repente le hice ruido
y pronto me fui cerrando.

Al tiempo de que arrancó
tomé la cola violento
amarrando, y al momento
el Chamberín lo pasó;
luego que trastabilló
a mi caballo animé,
me sostuve y no solté
hasta que lo hice rodar;
ya no lo dejé parar
porque luego lo apialé.

Su dueño, que esto miraba
increíble le parecía,
de su toro maldecía
y las barbas se estrujaba;
la culpa al caballo echaba
porque violento había sido.
Sin darme por entendido
mi fierro fue calentado,
allí mismo el toro herrado
y todo quedó concluido.

A Tlalpan me fui a instalar
fastidiado de servir
y así pude conseguir
en mi rancho trabajar;
el Chamberín sin parar
en todo desempeñaba,
la carretela estiraba
cuando no servía de silla
y alguna vez en la trilla
de cabero lo plantaba.

Suelto lo tenía en la huerta
comiendo de cuanto había
y paso a paso venía
al sentir abrir la puerta;
muy desconfiado y alerta
a una distancia se estaba,
y si era extraño el que entraba
en el momento corría,
mucho más si le advertía
que lazo o reata llevaba.

Mas si veía a una mujer
sin miedo se iba acercando
y luego luego buscando
tortilla o pan que comer;
ya se podían componer
cuando no lo cortejaban,
pues un buen susto mamaban
porque tras ellas corría,
los rebozos les rompía
cuando no se los dejaban.

Si lo mandaba ensillar
le enseñaba el criado el freno
y lo esperaba sereno
sin tratarse de escapar;
mis hijos por travesear
a la huerta se metían,
en pelo se le subían
y otros chicos se enancaban
y suelto en él se paseaban
siempre que hacerlo podían.

Ninguna mella le hacía
cualquier trabajo fuerte,
se acostumbró de tal suerte
que el descanso resentía.
Se extrañaba y no comía
y estaba muy perezoso,
por eso me fue forzoso
el tenerlo en movimiento
y así lo veía contento
comiendo y muy animoso.

Cuando fuimos invadidos
por los norteamericanos,
por manos de los poblanos
fueron mis bienes destruidos;
todos quedaron perdidos
y lo poco que libré,
en Anzaldo lo dejé
donde otra vez me robaron,
mi caballo se llevaron
y entonces sí me amolé.

Dos meses que estuvo ausente
ya mero me enloquecía,
sólo al Chamberín tenía
a todas horas presente.
Lo buscaba diligente
por mil partes indagando,
a muchos interesando
con que serían bien pagados
y a todos mis encargados
su filiación fui dejando.

Aunque poco conseguía
la empresa no abandonaba,
por todo México andaba
a todas horas del día.
La esperanza no perdía
y de Xochi me escribieron, (9)
que en Cuernavaca lo vieron
y que un yanqui era su dueño;
mandé dos criados de empeño
pero no me lo trajeron.

Los muy tontos se quejaron
ante el juez de aquel lugar;
él no quiso reclamar
y por eso lo dejaron.
Otros modos no pensaron
para poder rescatarlo,
ofrecer cambios, comprarlo,
a pesar de que les dí
libranza para que allí
tuvieran con qué pagarlo.

Hice que luego volviera
uno de ellos y a la vista
no le perdiera la pista
sino tras él se anduviera
por donde quiera que fuera.
Cerca de un mes se pasó
cuando un día se presentó
diciéndome que aquí estaba,
que en Palacio lo dejaba
porque allí el Cuerpo paró.

Me fui con él al momento
y al yanqui se lo ajusté,
en una onza lo compré
que recibió contento.
Lo desensillé violento
pero al verlo tan pasmado,
fingí que me había engañado
y que no se lo compraba,
porque su estado ignoraba
de hallarse todo matado.

Entonces él lo creyó
mirando mi desagrado,
me lo dejó allí ensillado
y en el cuartel se escondió,
por supuesto no salió
hasta que me vio marchar;
mi caballo al oirme hablar
contento se me arrimaba,
mis cariños aguardaba
buscándome sin cesar.

Fue indecible mi alegría
por haberlo rescatado,
cual si me hubiera sacado
una grande lotería;
ya en mi casa se sabía
e inquietos nos aguardaban,
al balcón se amontonaban
mis hijos y mi mujer,
bajando a todo correr
a un tiempo lo acariciaban.

Cuando los oyó gritar
muy gozoso relinchó
y su paso apresuró
para más pronto llegar.
A poco tiempo de estar
bien curado y asistido,
volvió a ser lo que había sido
de dócil, diestro y liviano,
conservándose muy sano,
muy bueno y muy mantenido.

Siguió a todos admirando
con sus gracias diariamente,
pero fue más sorprendente
lo que hizo en Tlalpan coleando;
siempre lo están recordando
como un caso extraordinario,
que en la fiesta del Rosario
en la plaza aconteció
y aplausos mil recibió
de todo aquel vecindario.

Entre varios arreglamos
hacer toros ese día
y el importe que tenía
entre todos lo pagamos.
La plaza pronto formamos
muy buen ganado metiendo;
yo estuve allí dirigiendo
mientras mi hermano Agustín,
montado en el Chamberín
mil proezas estaba haciendo.

Llegó la hora de colear
y un buey muy grande solté,
Agustín tan sólo fue
el que lo pudo alcanzar.
Al instante de pasar
se cargó el buey a la fuente
y era pues muy consiguiente
que por esto se escapara
y que el claro le tapara.
si no andaba diligente.

Nada de esto sucedió,
pues con grande agilidad,
brincó con velocidad
y tan fuerte arremetió,
que el buey de espinazo dio
sobre el pretil prontamente
y con pasmo de la gente
dentro del agua cayó;
el concurso celebró
este hecho profusamente.

Tuve un ataque muy fuerte
de fiebre y de pulmonía;
Labastida me asistía
y estaba grave y de muerte.
Sólo al verme de esta suerte
del Chamberín prescindió,
y a ese amigo lo cedí
para que de él dueño fuera,
en caso de que muriera
como un recuerdo de mí.

Para mí me figuraba
que un gran regalo sería,
su mérito conocía
y en él siempre travesaba;
a este amigo lo confiaba
porque lo conservaría
y jamás lo vendería
pues era su desempeño
y como legítimo dueño
mucho más lo estimaría.

Como última voluntad
lo asenté en mi testamento,
dejárselo fue mi intento
por gratitud y amistad;
se lo remití en verdad
y aunque se me resistió,
por complacerme admitió
y a mis instancias lo usaba,
con grande afán lo cuidaba
porque mucho lo apreció.

Gracias a Dios y a su esmero
llegó al cabo a levantarme,
y de mil modos probarme
que es mi amigo verdadero;
no me curó por dinero
y cuando de alta me dio,
él mismo me devolvió
al Chamberín que había sido,
muy chiquiado y consentido
desde que lo recibió.

También cerca de dos meses
mi hermano Agustín lo tuvo
y continuamente estuvo
con él acarreando reses.
Le sucedió varias veces
que no había quien lo ayudara
y que al Chamberín dejara
irse delante estirando,
mientras a pie iba arreando
a la res que le confiara.

No le permitía arrendar
ni tampoco se encuartaba,
sino que bien se tanteaba
sin dejársela arrimar.
Al momento de llegar
al sitio del matadero,
daba vuelta al bramadero
y allí muy quieto se estaba,
hasta que la afrontilaba
Agustín o el matancero.

Cuando anduve caminando
si en algún mesón paraba,
sólo paja le compraba
para que fuera cenando;
las trancas iba brincando,
los toriles recorriendo,
pateando bestias, comiendo
cuantas pasturas había,
porque siempre amanecía
en otro sitio durmiendo.

Si algún perro se arrimaba
ladrando y venía a morder,
muy ágil debía de ser
si de sus pies escapaba;
con buen tino lo pateaba
y algunos perros mató,
a muchos desquebrajó
que regresaban cojeando,
desmolados o manqueando
pues lacrados los dejó.

Mucho pudiera escribir
de casos muy admirables
y sólo los más notables
he querido referir.
Voy ahora pues a decir
lo económico que fue,
lo poco que en él gasté,
lo mucho que caminó,
cuántos años trabajó
hasta que al fin lo enterré.

En el tiempo en que vivió
por un cálculo prudente,
a seis pesos mensualmente
dos mil pesos se comió;
mil doscientos él me dio
a ganar con su destreza
y ochocientos con franqueza
fue su costo, es bien extraño,
a treinta pesos cada año
¿qué gran cantidad es esa?

Me sirvió sin descansar
veinticuatro años cabales,
andando en caminos reales
o en el campo sin cesar.
Bien se puede regular
con mucha moderación,
que anduve en continuación
a cuatro leguas por día,
y no exagero a fe mía
con esta regulación.

Me he admirado en el momento
de que he sumado la cuenta:
treinta y cinco mil cuarenta
son las leguas que yo cuento,
no hay duda en esto, no miento,
y muy bajo he calculado,
pues muchas más de contado
en mi Chamberín anduve,
porque en ese tiempo estuve
en el campo dedicado.

Muchas veces lo obligué
a echar muy largas jornadas
y si era en las traveseadas
yo jamás lo remudé;
cuando aquí me destiné
estuve fincas cobrando,
por todo México andando
y el domingo concurría
al encierro, donde había
que correr o estar lazando.

Poco a poco fui advirtiendo
que la fuerza le faltaba,
que al correr se fatigaba
y la vista iba perdiendo;
se fue luego encaneciendo
y con dificultad comía,
continuamente dormía
y sólo estaba animado
cuando veía algún ganado
o a lazar me disponía.

Ya raras veces coleaba
y fui dejando ese vicio,
su falta me puso en juicio
pues al correr desconfiaba;
aunque sin lacras se hallaba
comenzó por tropezar,
mucho afanarse y sudar,
pues luego se conocía
el grande esfuerzo que hacía
al ponerse a galopar.

Por último jubilado
en Acoxta se quedó,
y mi hermano lo cuidó
con un empeño esmerado;
el día menos esperado
con un mozo diligente
me escribió que de repente
mi caballo se agravó;
luego luego ensillé yo
y partí violentamente.

Lo hallé triste y abatido,
todavía medio animado,
con varias cinchas atado
que lo tenían sostenido.
Parece que había medido
el tiempo para alcanzarlo,
no hice más que acariciarlo
cuando lo vi vacilante
y sucumbir al instante
sin poder ya levantarlo.

La hora fatal le llegó
pagando el caro tributo,
allí en mi presencia el bruto
en un momento expiró;
grande pena nos costó
como se era de esperar.
Lo mandaron enterrar
abriéndole una gran fosa,
al pie de una encina añosa
que nos lo hace recordar.

Fue grande mi sentimiento
y a mis amigos mandé,
las cartas en que avisé
de aqueste fallecimiento.
Su epitafio con intento
también lo mandé imprimir;
aquí lo quiero añadir
porque algunos no lo vieron,
sólo tres octavas fueron
que se verán al concluir.

Por más que yo he procurado
al Chamberín reemplazar,
no he podido hasta ahora hallar
otro tan bien educado.
He puesto sumo cuidado
y visto hermosos corceles,
que tienen muchos papeles
y les dan grande importancia,
mucho valor y en sustancia
son burros con cascabeles.

Esta, amigos, fue la historia
de mi noble Chamberín,
a quien dedico por fin
un recuerdo a su memoria;
se hará pública y notoria
y aun por loco me tendrán,
pero bien advertirán
que si eso creen, hacen mal,
porque hasta de un animal
es agradecido Inclán.

Al dedicarme a escribir
ningún interés me ha guiado,
ni yo jamás he aspirado
a quererme distinguir.
Sólo lo he hecho por cumplir
pues se los tenía ofrecido
y como amigo les pido
me dispensen bondadosos,
y que reciban gustosos
este escrito. Ya he cumplido.

NOTAS DEL AUTOR:

- (1) Del Mayorazgo de Guerrero.
(1a.) Bizcocho Grajeado de los Indios.
- (2) En el Rancho del Fraile, en Ajusco.
- (3) Pedro Esquivel.
- (4) Fondero de las Rejas de Balvanera.
- (5) Don Dionisio Tolsa.
- (6) Don Luciano Santa Cruz.
- (7) Don Sebastián Labastida.
- (8) Don Ignacio González.

A LA MEMORIA DEL CHAMBERIN.

EPITAFIO

Pasajero, detente, atento admira
esta encina tan grande y tan frondosa,
que sirve a Chamberín de única pira
cubriendo su sepulcro cual fría losa.
Le impide al ave que en el aire gira
el devorar sus restos rapiñosa
y ostenta su verdor y su hermosura
orgullosa de abrigar tal sepultura.

Cinco lustros y medio había cumplido
siendo diestro coleador infatigable,
llegando a ser por sus gracias aplaudido
y por sus grandes hechos admirable;
fue criollo de Nalvarte, allí nacido
y desde su tierna edad muy apreciable;
si desearas saber su rara historia
barata se te dará su laudatoria.

La parca que arrebató en su carrera
a todo ser viviente sea el que fuere,
le marcó a Chamberín la hora postrera;
el bruto sucumbió, Chamberín muere;
no será acaso quien por vez primera
si al mirar su epitafio lo leyere,
vea que un hombre con canción sentida
llora al caballo que salvó su vida.

Octubre 15 de 1857.



El primer día de la vida de un hombre
no se le enseña a leer ni a escribir,
ni a contar, ni a calcular, ni a medir,
ni a pesar, ni a comparar, ni a distinguir
los colores, ni a reconocer los sonidos,
ni a sentir los sabores, ni a percibir
los olores, ni a experimentar
los efectos de los cuerpos.
El primer día de la vida de un hombre
es un día de silencio y de oscuridad,
de ignorancia y de dependencia.
El primer día de la vida de un hombre
es un día de lucha y de esfuerzo,
de dolor y de sacrificio, de amor
y de fe, de esperanza y de confianza.
El primer día de la vida de un hombre
es un día de gloria y de honor,
de triunfo y de victoria, de paz
y de armonía, de felicidad y de plenitud.

Quinto 13 de 1827

y otros de los años
de la independencia de México

El primer día de la vida de un hombre
es un día de lucha y de esfuerzo,
de dolor y de sacrificio, de amor
y de fe, de esperanza y de confianza.
El primer día de la vida de un hombre
es un día de gloria y de honor,
de triunfo y de victoria, de paz
y de armonía, de felicidad y de plenitud.



Impreso en México.

GUILLERMO PRIETO

PLACERES CAMPESTRES

QUILIMBO PRINCE

FACTORY DAMPTERS



Impreso en México.

PLACERES CAMPESTRES

RODEO, COLA Y CAPAZON

Entre las quiebras del monte,
Bajo el estrellado cielo,
Se oyen correr los caballos
De los traviesos rancheros;
Ya al ganado se despierta
Y ya comienza el rodeo;
Reluce de la mañana
El matutino lucero
Alegre anunciando gozos,
Feliz llamando a festejos.
Vaqueros y aficionados
Forman un círculo inmenso,
Y los toros y las vacas
Van reconociendo un centro
En donde está la *parada*,
Que es a la falda de un cerro,
Como desgracia espinoso,
De altos peñascos cubierto,

De enmarañados espinos
Y precipicios horrendos.
Como las sombras discurren
Tras las reses los rancheros,
Y en el oscuro horizonte
Se ven sus perfiles negros.
Inquietos braman los toros,
Audaces ladran los perros,
El ¡oh! se percibe agudo
De caporales expertos,
Y ronco suena el bramido
Del solícito becerro;
Pero una luz blanquecina
Que oscurece los luceros,
Sobre las crestas del monte
Esparce dulces reflejos;
Se tiñen las nubes de oro,
De topacio y grana el cielo
Y brota al fin el sol puro
En el limpio firmamento.
¡Oh cuadro! ¡divino cuadro!
¡Cómo halagaste mi pecho!

¡Cómo acariciar viniste
Mi mirada de extranjero!
¡Cómo en tus variadas tintas
Exaltabas el contento!
¡Cómo disfrutado hubiera
Contigo goces sin cuento,
Si mi corazón marchito
Capaz fuera de consuelo!
Cuadro de tierna inocencia
Y de júbilo perfecto,
Abismo de luz y aromas
Para el Hacedor excelso . . .
Pintar no puede ese cuadro
Quien no tenga pincel diestro;
Pero mucho hace el que emprende
Y tiene el pulso resuelto.

R O D E O

Tendiéndose entre montañas
Se mira apacible valle,
Que corre desde el Oriente

Hasta el Ocaso distante;
Lo ciñen montes enormes
Cubiertos de peñascales,
De tan agrupadas rocas,
De tan áridos breñales,
Que apenas entre sus grietas
Transita medroso el aire;
Son tan peladas sus piedras,
Sus picos tan desiguales,
Que apenas el pensamiento
Osa por allí treparse;
Cuelgan de entre aquellas rocas
Toscas biznagas salvajes,
Las de púas afiladas
Y los cardones punzantes.

Al lado opuesto se miran
Continuas desigualdades,
Los bajíos más risueños,
Los rastros de los raudales,
Y la arcilla colorada
Donde ni la yerba nace,
Pero do brotan cardones

Y mesquites y nopales
Y con todo esto el bajo
Tiene conjunto agradable;
Y a la luz del sol naciente
Y al manso correr del aire,
Cobraba aquella corrida
Encantos inexplicables.
Ya de muy lejos vaqueros
Disperso torete traen
En tropel alborotado,
Obligándole tenaces
A que venga a la parada,
Aunque bufe y aunque rabie.
Unos rancheros dejando
A los caballos colgarse,
Son inmóviles custodios
Del ganado que allí paze,
Otros furiosos persiguen
Al toro que se retrae;
Todos los ojos espían
La res que quiere fugarse;
Y ellos forman remolinos,

O solitarios se esparcen,
Con ¡oh! ¡jo! llenando el aire,
Sin reir ni distraerse,
Pero momento a momento
Salta el toro, inquieto vase,
Corren en tropel los buenos,
Círculos hace en el aire
La gaza extensa del lazo,
Como ellos dicen, *mecate*;
Se alza entonces la algazara,
Vense correr y ocultarse
Los entusiastas vaqueros
En quiebras y matorrales,
Ladran los perros corriendo,
El toro cual rayo parte,
Por fín, córtanle la vuelta
Y a la parada lo traen.

Otras veces un becerro
Logra azorado escaparse,
Y como liviana cabra
Sobre las rocas treparse;
Allí va feroz ranchero,

Compite, salta, encarámase,
Escúrrese entre las grietas
De los altos peñascales;
Nadie le dice: "Detente",
Nadie grita: "No te mates",
Y vuelve con su becerro
Y del pescuezo lo trae.

P A R A D A

Entre tanto en la parada,
En revuelto torbellino
De astas, de lomos y colas,
Se oyen amantes bramidos.
Con mayor indiferencia
Ningún héroe fue al martirio,
Ni en los asientos de amores
Vi corazones más finos,
Que se embriagan de placeres
Al borde del precipicio,
Cuando a trozar sus delicias
Va el carnicero cuchillo.

A veces se encela un toro
O hace de Otelo un torito,
Que al bravo rival emplaza
A tremendo desafío;
Y se apartan y se chocan,
Dando feroces bramidos,
Lanzando chispas sus ojos,
Lleno de espuma el hocico;
Los agudos cuernos traban,
Se alejan enfurecidos
Y tornan en rudo choque
Y permanecen unidos
Resoplando furibundos,
Topándose con ahinco.
En esos tremendos lances
Tronchan mesquites y espinos,
Y queda rastro sangriento
En donde fue el desafío.
El amor en todas partes
Hace fieros desaguisos,
Aunque no entre los cornudos,
Que siempre son mansos bichos,

Digo los de cara blanca,
No los mecos, ni los pintos.
Acabóse la parada,
Ya de marcha se dio el grito;
Llegan al corral los toros
En carreras y amoríos;
Cabe el corral, se halla el toldo;
Mas antes de ver el sitio,
A tomar un refrigerio
Nos llama el amo político,
Bajo del pajizo techo
Que prestó contento el indio,
Donde en el suelo se mira
Extendido el mantel limpio.

ALMUERZO

Venga el de tuna encendido
Y la blanda barbacoa,
Que se sienta por el suelo
Esa concurrencia toda,
Y cuando se alegra el vientre

Las lenguas están de gorja.
El *tlecuil*, como una hoguera,
Les da existencia a las gordas . . .
Muchachos! como se pueda,
Beban y gocen y coman,
Así en círculos sentados . . .
—Qué hombre! parece una bola,
—Si embiste con el cabrito,
Ni los huesos le perdona!
Rebosando el colorado
Vierte su linfa espumosa
Sobre los labios sedientos
Del que primero lo toma;
La cocinera contenta,
Con su faldero bigornia,
A la puerta los sirvientes
De la alegre comilona;
Allí el punzante epigrama,
Allí la confianza loca,
Allí el nácar cuentecillo,
Allí la amistosa broma,
Allí al *colegial* las burlas

Y al rancharo las lisonjas.
Veloces del corderito
Desaparecen las lonjas,
Y en un estanque de caldo
El chile relleno asoma.
¡Oh qué divina franqueza,
Oh qué holganza generosa!
¿Quién, en tu amistoso seno,
Tus convites ambiciona,
Corte, que en doradas copas
Brindas con hiel y ponzoña?
Vamos a apartar, muchachos!
Gritan, y a caballo montan,
Que ya se acerca el momento
De la carrera y la cola.

APARTADO, COLA Y CAPAZON

Está reunido el ganado,
Haciendo tales diabluras
Que no son para contadas

Por mi pudorosa pluma.
Es amor al viento libre . . .
Las campestres hermosuras
Lo miran desde la cerca
Como quien ve cosas chuscas
Y . . . los puntos suspensivos
Esta introducción concluyan.
Allí se opera el divorcio
Y se ven vacas viudas
Consolarse de sus penas
Con esposos de remuda;
Que estas hembras por lo menos
De la fe común no abusan,
Ni cubren sus gatuperios
Con la sombra de la tumba

Apartados, al martirio
De Orígenes van los toros;
Pero antes en la carrera
Y en la cola unos tras otros
Darán pábulo al contento,
Serán objeto de holgorio.

En las trancas, frente al lienzo
Hay un valladar vistoso
Formado por los ginetes
Que están esperando al toro,
Del lienzo casi al extremo,
Que es un extremo remoto.

Se agrupan los lazadores
En caballos menos briosos,
De ancho y de carnudo encuentro,
Firmes patas y buen lomo,
Ya se nombró la parada,
Ya se apartó ardiendo un josco,
Y ya, viendo el toro un claro,
A correr se lanza bronco.

Retiembla el suelo al escape,
Un jinete se empareja
Y tras el ligero toro
Veloz como el viento vuela;
Los gritos pueblan los aires,
El brioso corcel se empeña,
Brillan con el sol luciente

Su piel de oro y manchas negras;
Ya el hombre tomó la cola,
Ya diestro se valonea,
Mete cuarta, avanza fiero,
Redobla su ligereza,
Alza la pierna y estira
Y . . . el toro cae y da vuelta
Y la faz de aquel jinete
De gusto relampaguea.

Gritos y vivas se escuchan,
Todo tiene aire de fiesta;
Apenas el toro se alza
Los lazadores se aprestan,
Y con un tino exquisito
Lo lazan o manganean;
Brama el toro de coraje
Cayendo en tierra humillado
Y viene luego el verdugo,
Con ansia de buitre llega,
Y torpe, vil cirujano,
Con mano tosca lo opera;
Muge de dolor el toro,

Con su sangre el suelo riega . . .
Ya puede servir de eunuco
Y de irrisión a sus bellas . . .
Y se transforma en cuitada
Su hermosa naturaleza,
De buey el nombre ha tomado
Y vil coyunda lo espera.

Pero tornando a los gozos
Y a los placeres de gresca,
En cada toro de cola
Se repiten las escenas;
Ya se corrió tal jinete
Porque a la cola no llega;
Otro queda descontento
De sólo dar media vuelta;
Y en el caballo desquita
Su desdicha o su torpeza.

Sucede en tales festejos
Con desgraciada frecuencia,
Que corredores y toros
Inadvertidos tropiezan;
La fiesta se torna en duelo,

Los gritos de gozo en quejas;
¡Cuántos ayes doloridos
Y cuántas profundas penas!
Al corredor desdichado
Lo arropan y lo confiesan
Y luego en tosca zaranda
Su estropeado cuerpo llevan;
Pero en esta hermosa frasca
Ni hubo heridos ni reyertas,
Las caras de gozo llenas
Todos se miran amigos
Y huye lejos la etiqueta.

El corral quedó desierto,
Las chicas dejan la cerca;
Formando nubes de polvo
Los concurrentes se alejan,
Y yo tomo fatigado
(Como acaso el lector queda)
Entre jarillas y espinos
El camino de la hacienda.

Indice

PRÉSENTACIÓN	5
EL CAPADERO EN LA HACIENDA DE AYALA ..	9
RECUERDOS DE EL CHAMBERÍN	51
EPITAFIO	142
PLACERES CAMPESTRES	145

En la Ciudad de México, a los 15 días del
mes de junio de 1979, bajo la dirección
del Sr. Joaquín Porrúa Venero se
terminó la impresión de este
libro en los talleres gráficos
de Antolín Lovis Hnos.,
la edición consta de
2,000 ejemplares.

DISTRIBUIDO POR:
FEDERACION NACIONAL DE CHARROS

Isabel la Católica 108

México 1, D. F.